POLÍTICA / SOCIEDAD

DEMOCRACIAS DE AMÉRICA LATINA, EN BUSCA DE LA CALIDAD

por Eugenio Sosa

Hace ya más de cuatro décadas que se inició en Europa, América Latina y Asia la llamada tercera ola democratizadora, anunciada por Samuel Huntington[1]. A finales de los años setenta y principios de los ochenta, se valoró en términos positivos y esperanzadores que después de las dictaduras militares se realizaran procesos electorales, que en términos generales cumplían con los requisitos básicos para considerarse limpios y transparentes. Eran procesos electorales en los que participaban partidos con capacidad de competencia política efectiva. De esta manera, se produjeron sucesiones gubernamentales continuas por la vía del sufragio. En esta primera etapa, la ciudadanía recuperó derechos civiles y políticos, que se habían perdido.

A finales de los años ochenta y principios de los noventa, específicamente con el derrumbe de los países socialistas reales y la desintegración de la Unión de Repúblicas Soviéticas Socialistas (URSS), la democracia política tomó un nuevo impulso en el mundo y en América Latina, pero a la vez se expandieron las políticas neoliberales, que llevaron a Latinoamérica a niveles más agudos de desigualdad, pobreza y exclusión social. Se trata de un periodo en el que las democracias de América Latina se vieron fuertemente limitadas por las políticas neoliberales. Además de los límites impuestos a las democracias por las políticas neoliberales, éstas también enfrentaron problemas porque uno de sus principales actores, los partidos políticos, entraron en un proceso de decadencia, derivado de las prácticas corruptas y su debilidad para representar las demandas y aspiraciones ciudadanas. Así las cosas, gran parte de los partidos históricos tradicionales de América Latina entraron en crisis o incluso colapsaron, como son los casos de Venezuela y Ecuador. En otros países como Guatemala, el sistema de partidos políticos se fragmentó de manera severa.

[2]Véase Huntington, Samuel (1994). La tercera ola: La democratización a finales del siglo XX, Paidós Ibérica.

"El planteamiento de una democracia de ciudadanos es similar al planteamiento de la necesidad de una democracia de calidad"

En el 2004 el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) en América Latina lanzó el informe La democracia en América Latina. Hacia una democracia de ciudadanas y ciudadanos, en el que se pasó revisión a las democracias de América Latina, y se evidenciaba el gran déficit de ciudadanía de las mismas. El informe en mención mostraba de forma preocupante que se estaba produciendo una tendencia de preferencia ciudadana, en la que un porcentaje significativo de ciudadanos y ciudadanas de América Latina expresaban su disposición a aceptar gobiernos autoritarios con tal de que resolvieran los problemas económicos principales de la sociedad.

El planteamiento de una democracia de ciudadanos es similar al planteamiento de la necesidad de una democracia de calidad. Lo anterior implica hacer una ruptura con la corrupción política, la impunidad y los clientelismos políticos. Significa que las democracias de América Latina se liberen de las sombras de las dictaduras que les han perseguido en todos los tiempos y espacios.

El clientelismo político se alimenta de la persistencia de altos niveles de pobreza, desigualdad y exclusión. Partidos y líderes políticos han hecho del sufragio un valor de cambio; que no siempre se ha cambiado por dinero, pero se ha llegado a casos extremos que también se intercambian votos por dinero. Como dice Rouquié, estos intercambios se realizan frecuentemente por "un empleo, un alojamiento o su promesa, un préstamo, una posibilidad de irrigación, de venta de la cosecha a un precio remunerativo. El voto vendido es raramente un voto libre. Y además, la entrega del sufragio no liquida la deuda del ciudadano-vendedor: contribuye mucho más a fortalecer la relación clientelar […] En sociedades abiertas y pluralistas, el patronazgo de partido constituye una forma modernizada y colectiva de esta relación que hace que el voto no dependa de la opinión del elector sino de los servicios obtenidos, de la ayuda dispensada. El clientelismo partidista está entonces ligado al funcionamiento de una máquina electoral. […] Electores desarraigados, por lo tanto menesterosos y dóciles, verdaderos "inválidos cívicos", garantizan el éxito de este tipo de intercambio desigual"[3].

La democracia de América Latina necesita avanzar hacia una democracia buena, de ciudadanos y ciudadanas, o sea a una democracia de calidad. De lo contrario, el apoyo de la ciudadanía a la democracia se va a continuar deteriorando. La calidad de la democracia abarca tres dimensiones:

A. Calidad de la democracia en los procedimientos, referida a la aplicación de las leyes, la toma de decisiones, el procesamiento de las demandas ciudadanas y la rendición de cuentas.
B. Calidad de la democracia en los contenidos, referida al disfrute de los ciudadanos de la libertad e igualdad.
C. Calidad de la democracia en los resultados, referida a la legitimidad del régimen y a las satisfacciones humanas de la ciudadanía[4].

América Latina está urgida de ir a la búsqueda de una democracia de calidad.

[3]Véase Rouquié, Alain (2011). A la sombra de las dictaduras. La democracia en América Latina, México: Editorial Fondo de Cultura Económica.
[4]Véase a César Cansino e Israel Cavarrubias (2007). Por una democracia de calidad. México después de la transición, Centro de Estudios de Política Comparada.